

Luis Enrique Alonso Benito

Prácticas económicas y economía de las prácticas

Madrid, Los Libros de la Catarata-CIP Ecosocial, 2009

Si bien el texto parte de la voluntad explícita de relacionar hechos económicos con prácticas sociales, lo cierto es que, para poder realizar esa tarea, reinsertando aquéllos en los marcos socio-históricos en los que tienen lugar, el autor debe realizar una tarea previa de limpieza, despejando el camino de tendencias y restos teóricos que dificultan un análisis que dé cuenta de la complejidad de las prácticas cotidianas. Así, frente a los modelos dominantes, ya sea aquel que niega la existencia de cualquier realidad más allá de la impuesta por el observador o por la estructura o aquel otro para el cual el científico social debe limitarse a recoger datos de una realidad en estado salvaje configurada por la interacción de sujetos plenamente libres, Luis Enrique Alonso apuesta por ir a la búsqueda de un espacio para las ciencias sociales en el que pueda darse cuenta de la multideterminación de los hechos, de su vitalidad, de sus contradicciones y de las líneas de continuidad en las acciones de sus sujetos.

Por eso, *Prácticas económicas...* se inicia con un estudio sobre la organización, ámbito privilegiado para resaltar que estamos ante un sistema de acción histórica, compuesta por un conjunto de relaciones sociales entre agentes y no ante el simple resultado de los efectos inintencionales de individuos racionales que persiguen su interés o de un ente que se autorregula, como han pretendido el individualismo metodológico o el funcionalismo. Tampoco la organización es el resultado concreto de un idealismo que se desplegaría exitosamente y sin roces en la realidad, como afirman las modernas posturas del *Management*; más al contrario, estamos ante un espacio configurado por agentes concretos que se relacionan de múltiples maneras, que cooperan o luchan en su búsqueda de las mejores posiciones, y que se insertan un sistema político, económico e ideológico que modela su horizonte de posibles. Por lo tanto, no podemos estudiar las organizaciones sólo desde las metáforas con las que se pretende explicarlas, sino que hemos de tener en cuenta la especificidad de espacios bien delimitados en los que lo material y lo simbólico se cruzan. En definitiva, estudiar la organización, como estudiar la realidad social, implica alejarse de modelos reduccionistas que dicen dar cuenta de toda clase de prácticas reales, para pensar éstas como productos de acciones colectivas que acontecen en lugares

sociales, culturales e históricamente concretos. Y estas precisiones son especialmente importantes en la medida en que muchas de las teorías sociológicas contemporáneas se han construido a base de negar lo social. Por eso, cuando el autor trata de dar de cuenta de hechos como el consumo o el trabajo, repasa en las aportaciones de autores que, caso de Halbwachs, Moya o Bourdieu, los han abordado escapándose de miradas simplificadoras que sólo tomaban en cuenta las acciones del actor o las imposiciones estructurales. Así, la obra de Halbwachs (y de Chombart de Lauwe) sirve a Alonso para subrayar la pluralidad de aspectos latentes en el concepto «necesidad», que no puede ser entendido ni desde el determinismo de la producción y la oferta ni desde ese actor consciente que sabe lo que quiere y lo busca de la manera más eficiente posible, pero tampoco desde esa perspectiva baudrillardiana que afirma, siguiendo a Lacan, que las necesidades no existen y que no son más que la búsqueda infinita de diferencia codificada por parte del consumidor. Más al contrario, Alonso señala que la necesidad tiene existencia real, que satisface demandas culturales y materiales y que es construida por actores que no se limitan a reproducir mecánicamente lo dado.

Un aspecto que se hará todavía más evidente en la reivindicación que hace de Carlos Moya y su uso del concepto elite (en clara vinculación con C. Wright Mills), con el que intenta volver a situar en la escena sociológica a actores concretos y a agentes sociales históricos. Frente a todas esas posiciones que tratan de acabar con el sujeto, ya sea mediante las insistentes determinaciones del postestructuralismo (lenguaje, poder, inconsciente) o las toscas explicaciones del individualismo metodológico, Carlos Moya insiste en algo esencial, central también en la posición teórica defendida por Alonso: «La negación radical de todo sujeto por parte del estructuralismo [...] arrastra a la disolución no sólo de los grandes conceptos humanísticos [...] sino de las ciencias sociales mismas, lográndose la consumación de una muerte de los dioses de la Ilustración, pero también de su proyecto de emancipación y mejora. Viviríamos una especie del suicidio del conocimiento con magníficos resultados para todos los poderes fácticos» (p. 117). Por eso, Moya insiste, y Luis Enrique Alonso recoge la propuesta, «en recuperar la categoría de sujeto dentro de las ciencias sociales como exigencia epistemológica de su propia fundamentación crítica».

En la segunda parte del texto encontramos la aplicación práctica de tales instrumentos teóricos a partir del análisis, preciso y riguroso, de aquellos terrenos, como el trabajo, el consumo y el ocio, en que la economía y lo social se engarzan decisivamente. Y en ese intento de resituar los hechos económicos en marcos sociales concretos, pocos asuntos tan decisivos como el del trabajo, que Alonso examina olvidando las lógicas que lo piensan aisladamente, buscando sólo la eficacia mercantil, para señalar el papel definitivo que juega en la construcción de la ciudadanía. Este reconocimiento fue la base de la era fordista: los trabajadores, a cambio de la aceptación de un orden productivo y de un determinado lugar en él, obtenían una concreción material de su estatus como ciudadanos, consistente en salarios indirectos y beneficios sociales, que tenía lugar en sociedades de carácter nacional que privilegiaban la estabilidad y la continuidad. Las prácticas dominantes en nuestra época han optado, por el contrario, por considerar el empleo en el vacío social, fomentando la temporalización y la flexibilización de una relación salarial crecientemente desregulada. Por eso, insiste el autor, no sólo debemos entender el trabajo en términos de equilibrio de la oferta y la demanda, sino que también han de abordarse las consecuencias que generan estas nuevas políticas en los

procesos de producción y reproducción social. Por ello, la acción esencial a desarrollar en este ámbito no es la de poner en marcha medidas que aumenten la eficiencia desde la mirada economizadora, sino diseñar un conjunto de incentivos institucionales pensados desde la eficacia social. De otro modo, no se podrá controlar «la tendencia inherente de los mercados a devorar a sus bases materiales y sociales» (p. 166).

Esa recomposición acelerada de los códigos de relación entre la empresa, el mercado y la sociedad alcanza también, y de modo decisivo, al consumo, donde valores como la flexibilidad y la adaptación se han convertido, al igual que en el empleo, en los resortes centrales del nuevo mundo. Así, hemos pasado de un consumo de masas constituido por esos objetos funcionales de producción rutinaria que estaban presentes en los hogares de clase media (el *standard package*), y que concretaban en el plano cotidiano las características integradoras del fordismo, a un nuevo modelo que promueve la distinción identitaria, los nichos diferenciados y la individualización del consumo. Hemos abandonado el discurso del confort, la tranquilidad y el goce material fordista para, asegura Alonso, sustituirlo por el del consumo como estrategia individual para no quedar fuera de la competencia en todos los mercados (el de trabajo, el de los signos, el de las relaciones sociales). Hemos entrado, pues, en la era de la globalización, de los tiempos y distancias acortados, del nuevo predominio de la distribución comercial, de las comunidades de consumo en lugar de las de producción, de la aparición de las empresas de bajo coste y, a la vez, de la priorización de los mercados de clase media alta en detrimento de los centrados en la clase trabajadora. Estamos, pues, ante un nuevo modelo de consumo que implica nuevos riesgos pero que también abre algunas posibilidades. En este sentido, asegura Alonso, debe avanzarse en la realización de un modelo de consumo global que aúne equidad y diversidad. Además, y en la medida en que no es posible un consumidor informado si se le individualiza, la educación y la movilización social deberían tener una relevancia creciente. Y es que, como afirma Alonso, en este nuevo terreno de juego hemos de tomar conciencia de que la racionalización de la esfera del consumo es algo que sólo puede hacerse colectivamente.

Los análisis y propuestas realizados en este terreno pueden ser trasladados sin demasiados problemas al ámbito del ocio. En su examen de las prácticas turísticas, Alonso no sólo repara en la especial relación que en esta época se da entre ocio y consumo, sino que subraya cómo la mayoría de los procesos de éste se han repetido en aquél, también en lo que se refiere al subcampo turístico. Así ocurrió en las décadas precedentes, cuando la mayoría de los elementos de la fabricación industrial (la serialización, la masificación, la estandarización, la artificialización, la programación y estabilización de la oferta, el control de flujos, la creación de la imagen publicitaria del producto, el estudio y preconfiguración de las preferencias de los posibles demandantes de bienes y servicios, etc.) fueron reproducidos en el mercado de los viajes vacacionales. Igualmente, los nuevos tiempos del ocio turístico han tomado para sí los modelos industriales, pasando de un consumo funcional, estacional y enraizado a otro no masificado, que busca la aventura controlada, la tranquilidad en lo desconocido, la distinción sin sobresaltos. El turismo se ha convertido en un mercado de nichos, con fácil acceso al segmento específico y con crecientes posibilidades de individualizar el recorrido. Ha aumentado asimismo la comunicación directa entre consumidores, reforzándose tanto los segmentos de alta gama como aquellos que proclaman un tipo de vida alternativo.

Pero en todo este conjunto de transformaciones vertebradas desde lo económico también pueden leerse aspectos socialmente interesantes. Y éste es otro de los asuntos centrales en *Prácticas económicas...*, ya que existe un especial interés por parte del autor en analizar si esas nuevas formas están dando lugar a recepciones activas y colectivas. Y al igual que en el ámbito del empleo el autor intuía líneas de acción novedosas en las posibilidades abiertas por el trabajo social y por determinados usos de la tecnología, aquí encuentra a consumidores turísticos no convencionales, asociados al discurso de la sostenibilidad o de la justicia, que pueden configurarse como prescriptores dado su especial posicionamiento social o económico. En definitiva, que el autor no sólo pretende dar cuenta de un conjunto radical de transformaciones en todos los segmentos de la escala mercantil, así como de los efectos generados en la recepción, sino que también se pregunta acerca de si las nuevas prácticas traen consigo alguna posibilidad de construcción de lo social desde criterios de justicia e igualdad. Desde esta perspectiva, no es extraño que Alonso repare específicamente, dedicándole el texto de cierre, en la unión entre liberalismo y posmodernidad, esto es, entre el discurso teórico que inspira decisivamente las prácticas económicas reales y aquellos que se habrían constituido en su teórica contestación. Sin embargo, el problema del posmodernismo (y de sus excesos) es que ha devenido, mucho más que respuesta al poder, una crítica de la crítica mediante el recurso al eclecticismo, lo débil, lo hipercomplejo, la ironía, la negación del sentido, etc. Estamos mucho más ante un complemento académico y esteticista al liberalismo que ante un instrumento teórico que nos permitiría comprender mejor las prácticas cotidianas y, por tanto, actuar sobre ellas. Como afirma el autor, el posmodernismo está siendo utilizado como un discurso elitista, reaccionario y formalista cuya utilidad última, asentada en la muerte de lo social, es celebrar cínicamente el triunfo de los poderes más convencionales.

En resumen, *Prácticas económicas...* es una magnífica obra, firmemente sustentada en sus documentadas referencias académicas (como es costumbre en el autor) y en la que destacan su gran precisión conceptual y el rigor de sus análisis. Pero, más allá de tales virtudes, nos encontramos con dos méritos que coronan el edificio teórico: de una parte, la enorme capacidad del autor para sintetizar en unas pocas frases asuntos de gran calado y complejidad, lo que hace el texto aprovechable y disfrutable tanto en sus tesis generales como en sus fragmentos; y de otra, y lo que es más importante, que la obra acierta a situarse en uno de los escasos terrenos (si no el único) que puede resultar fructífero para la Sociología y para la sociedad contemporáneas.

ESTEBAN HERNÁNDEZ

Universidad Nacional de Educación a Distancia
esteban23@telefonica.net